

La primera profesora en México que se aut nombra feminista

María de las Mercedes Palencia Villa

barcelona.mercedes@gmail.com

Las maestras en México, re-cuento de una historia.

Universidad Pedagógica Nacional. Rosa María González Jiménez (2008)

El título del libro, “Las maestras en México re-cuento de una historia”, nos revela que la connotación “re-cuento” hace hincapié en que esta historia tiene que volverse a contar. Rosa María González se propone hacerlo para darle voz a Dolores Correa Zapata xx, quien tiene “cuentas pendientes con su época”, pues tuvo la audacia de apropiarse de un espacio público negado a sus contemporáneas y con ello logró influir en las demandas legítimas de las primeras mujeres profesionistas. Así pues, este libro es un documento valioso para las nuevas generaciones de maestras, porque por medio de sus madres y abuelas “simbólicas” —cuyo parentesco se teje como resultado de la pertenencia al mismo campo profesional— podrán conocer la historia no oficial de la educación.

La autora piensa que la historia se escribe en el presente y desde esta visión del mundo se analiza el pasado. A pesar de la dificultad metodológica que esto representa, Rosa María se atreve y lo hace para l@s estudiantes de la especialidad de género y educación de la Universidad Pedagógica Nacional. Su objetivo al rescatar la historia de estas mujeres, fue identificar sus prácticas y discursos que resistieron al sistema patriarcal de su época. El personaje de Dolores Correa Zapata es crucial en esta obra, porque fue la primera mujer mexicana que se consideró abiertamente “feminista” y la autora lo definió de la siguiente manera: “... el feminismo es el grito de la razón y de la conciencia, proclamando justicia, porque el feminismo consiste en levantar a la mujer al nivel de su especie, al de la especie humana” (2008: 72). Dicha postura le el puesto de directora de la escuela normal para profesoras, ya que si bien tenía la trayectoria académica necesaria para serlo, no fue elegida pues Justo Sierra, siendo secretario de Educación señaló lo siguiente: “No quiero que llevéis vuestro feminismo hasta el grado de que queráis convertirlos en hombres”... (*ibidem*: 84). La autora afirma que tal declaración se originó como resultado de un debate público en torno a la posibilidad de convertir las escuelas normales en mixtas, y esta propuesta fue denegada con el argumento de que los hombres y las mujeres, por su naturaleza, no podían ejercer los mismos roles.

A diferencia de otros países en donde las feministas contemporáneas luchaban por el derecho al voto femenino y se manifestaban públicamente para conseguirlo, Dolores lo hizo por la igualdad en lo relativo a la educación para hombres y mujeres. Señala la autora que para Dolores la cuna del pensamiento feminista fue la Iglesia protestante. A ella, nos dice, le interesaban, sobre todo, cuatro cuestiones en su lucha por la igualdad:

1. Oportunidad para las mujeres de aprender y enseñar ciencias.
2. Derrumbar la idea de que las mujeres eran inferiores que los hombres intelectualmente.
3. Acceso a puestos de poder para las mujeres.
4. Igualdad jurídica con respecto a los hombres.

Todo ello resultaba realmente subversivo si consideramos que para el gobierno de Porfirio Díaz, las maestras “salían más baratas que los hombres”, pues tenían un menor salario y permanecían más años en servicio. El acceso al conocimiento no era igual para los hombres que para las mujeres pues las autoridades escolares seguían preguntándose: “¿qué tanta educación resultaba conveniente para las mujeres?”.

Aunque la historia de Dolores Correa Zapata resulta atractiva y es central en el libro, no hay que desdeñar las historias de dos ilustres mujeres, que se nos presentan en dos capítulos: Rafaela Suárez Solórzano (1880-1905) y Juvencia Ramírez de Chávez (1905-1912). La primera de ellas, Rafaela, se desarrolló en un sistema sexista en el que las mujeres no participaban en las decisiones políticas y mucho menos ocupaban puestos en el gobierno. Fue ella la primera mujer en desempeñarse en un cargo de responsabilidad pública, lo que la obligó a mostrar su fuerte personalidad y romper con el modelo de mujer abnegada. Rafaela se distinguió por su “asiduidad en el trabajo”, como lo señalara en su momento quien le hiciera un homenaje a su trayectoria como directora de la Normal, Dolores Correa. Dicha personalidad, que para las mujeres como Dolores merecía todo el reconocimiento, para algunos políticos, como Agustín Chávez, se convertía en defecto: “*Doña Rafaela es peor que la piel de Barrabás*”. Esto se debió a que la Normal para señoritas se ubicaba a un costado de la Escuela de Jurisprudencia (exclusiva para varones), y Rafaela luchaba por espacios para sus alumnas. Un oficio elaborado por Jorge Carrillo —director de la escuela de varones— y dirigido al secretario de Educación para plantear su queja contra Rafaela, da fe de ello. A finales de 1905 retiran de su cargo a Rafaela, quien para ese entonces contaba con 71 años de edad, y en su lugar se designa a Juvencia Ramírez, 30 años más joven. Dicho sea de paso que el puesto se le negó a Dolores por no cubrir el perfil conservador que demandaban las autoridades educativas, si bien su trayectoria era mayor que la de Juvencia.

La autora nos habla de las diferencias ideológicas entre estas dos mujeres: por una parte, Dolores Correa luchaba por el acceso a la educación en ciencias para las mujeres y, por el otro, Juvencia sostenía que ellas deberían aprender solamente lo relacionado con las actividades domésticas. De esta manera, el hilo conductor del libro son precisamente estos debates entre dos posturas antagónicas y detalla de manera pormenorizada las relaciones humanas entre estas dos mujeres. Pero también nos explica la trascendencia que tuvo la decisión de Justo Sierra —secretario de Educación— de negarse a que las normales dependieran de la Universidad:

La Universidad está llamada a encargarse de la juventud y del hombre, la escuela primaria y la Normal primaria tienen a su cargo al niño. De modo que el niño y el grupo selecto que va a la universidad son dos cosas tan diversas, que no es posible que se confunda el papel del universitario con el papel del normalista (...) Dichas estas razones, que son las que han servido realmente para determinar al Ministerio a excluir a las Normales de la Universidad; levanto la sesión... (*ibidem*: 132).

Para la autora este argumento tuvo como trasfondo una cuestión política y no administrativa, porque al gobierno le interesaba controlar todo lo relacionado con la educación que la mayoría de la población recibía. Asimismo, sostiene que la trascendencia de esta decisión fue que con ella se perdió la posibilidad de una formación universitaria y las consecuencias las vivimos hasta nuestros días.

Todo ella, hace de este un libro por demás interesante dado que recupera historias personales y públicas, a la vez que reconfigura las primeras luchas de las mujeres-maestras, binomio que persiste hasta nuestros días.